

LA IMPORTANCIA DEL EJEMPLO UNIVERSITARIO

Juan Cayón Peña

Rector de la Universidad Nebrija.

Manuel Villa-Cellino

Presidente del Consejo Rector.

1. PREÁMBULO. LA FUTURA SOCIEDAD POSTMODERNA Y SU COMPLEJIDAD.

Escapa del objetivo de este humilde texto abordar, con la profundidad que merece, un análisis riguroso de la sociedad postmoderna y su futuro. Son además muchas las páginas dedicadas en los últimos años a tratar sobre las características esenciales de la sociedad postmoderna, muy especialmente ante las incertidumbres que la misma ha despertado en todos los órdenes, nos atreveríamos a decir que, fundamentalmente, en el existencial. Pareciera que los cánones clásicos de comprensión del mundo y de las cosas, de las relaciones entre los hombres, la política o la economía son, permanentemente, batidos por una precipitación de la realidad que deja ya obsoleta lo que vino en llamarse aceleración de la historia, para convertirse en una especie de tobogán desenfrenado de, para muchos, imprevisibles resultados a corto y medio plazo.

La sociedad postmoderna se cuestiona a sí misma, pone en duda los sistemas políticos y económicos que han venido rigiendo el mundo en los últimos cien años y reclama, cada día, una nueva reconfiguración mental de la vida humana o de las cosas y causas que percibimos a nuestro alrededor. Y las tecnologías de la información, los avances en la robotización, la paleontología develando el pasado y la ciencia en todos sus campos, también cada día nos abren nuevos horizontes a una velocidad que difícilmente un humano medio puede asimilar sin el concurso de un conocimiento y una formación más exigente, amplia, diversa y profunda.

Por si fuera poco, al momento de escribir estas páginas, el mundo atraviesa una nueva incertidumbre, un nuevo cambio de paradigma que apenas había sido hasta ahora objeto de alguna película de ciencia ficción. Una pandemia vírica ha enclaustrado a más de tres cuartas partes de la población del planeta, ha paralizado la vida económica y social tal y como la conocíamos y, previsiblemente, ocasionará una crisis económica que aún no podemos siquiera evaluar, pero que, en todo caso, probablemente, cuestione lo que parecían sólidos principios de la globalización económica y humana propia de esta postmodernidad. Es lo más seguro que el mundo no vuelva a ser igual tras superar esta crisis sanitaria, como no lo fue después de que terroristas de Al-Quaeda derribaran las torres gemelas del *World Trade Center* en Nueva York o tras la Segunda Guerra Mundial.

Por todo ello, ante el ciclón de cambios y revoluciones propios de estos tiempos que nos tocó vivir, aventurar prospectivamente el futuro de la educación es tarea difícil si no imposible. Y, sin embargo, quienes vivimos con pasión el mundo universitario, sabemos que nuestro principal deber profesional es preparar a los estudiantes, jóvenes y no tan jóvenes, para un mejor futuro profesional. ¿Cómo hemos de hacerlo ante la incertidumbre constante de lo que va a pasar próximamente?

2. LA UNIVERSIDAD COMO MODELO DE COMPORTAMIENTO. CARACTERÍSTICAS Y HECHOS UNIVERSITARIOS DESEABLES PARA EL SIGLO XXI.

Todo modelo pedagógico da por cierto que el ejemplo es la más eficaz técnica de enseñanza, pues la referencia del otro, incluso en cualquier especie animal, suele ser el cauce natural del aprendizaje. Observamos en la naturaleza cómo es la imitación del comportamiento del adulto, de quien más sabe, la fórmula habitual de adquirir nuevas competencias, y por ello como simple ejemplo, si la manada está tranquila o corre asustada, todos los miembros de esta, incluso los más jóvenes e inexpertos imitan el modelo de sus mayores aún incapaces de comprender el motivo que los lleva a uno u otro comportamiento. Ante el hecho de que sus referentes se comporten de una manera u otra, la transmisión genética del instinto ha permitido asimilar que conviene seguirlos en su comportamiento para maximizar las garantías de supervivencia y éxito.

El hombre, cuanto más, en tanto que animal, pero animal auténticamente social, esto es, que interactúa viva y naturalmente con sus congéneres y los necesita para alcanzar sus metas vitales, no escapa a dicho instinto evolutivo que lleva a la imitación de otros que se consideran referentes. De este modo, el género humano siempre tuvo presente el modelo virtuoso a seguir como una de las formas experienciales más eficaces para lograr el aprendizaje de cualquier conocimiento o habilidad. Por ello, todos los docentes de cualquier etapa formativa debieran ser ejemplo vivo para sus discentes, pues como es sabido, la naturaleza humana suele estar más atenta a lo que ve que a lo que oye, a lo que observa en los demás que a lo que les escucha. Una Universidad, como lugar en el que al menos, teóricamente, se reside el saber más alto de una sociedad, donde se crea ciencia y se distribuye conocimiento a través de la docencia, cooperando desde la sociedad con la propia sociedad en mejorarla, debiera por tanto ser el modelo máximo de referencia en su comportamiento, probablemente, el ejemplo supremo de criterio y modelización del comportamiento, quizás junto con la clase gobernante, que está llamada a las más altas magistraturas y que, por ello, debería ser igualmente modelo de virtudes públicas y privadas.

Resulta tentador, máxime en estos momentos tan delicados para nuestra sociedad en los que los sentimientos afloran empujados por la emoción, caer en la crítica fácil, en la comparación entre el ser y el deber ser tanto en la clase política como en el estamento universitario. Pero más constructivo será, esperamos, no entrar en esa crítica por más que sea fundada, para describir, siquiera a modo de apunte o breve referencia, los parámetros en los que centraríamos el modelo ejemplificador de la Universidad en nuestra concepción. Y así, por mor del espacio y el tipo de contribución que hacemos en este texto, casi telegráficamente, citaremos cinco elementos, cinco ideas sobre las que, en nuestra opinión, la Universidad del siglo XXI sería útil y cumpliría los fines que justifican su autonomía, en el seno de esta sociedad compleja, líquida y constantemente disruptiva. Y como es lógico pensar, serán cinco grandes principios o criterios más bien atemporales y especialmente esenciales, básicos, que ayudan a docentes y discentes a enraizar su proceder en sólida y fecunda base de crecimiento personal y comunitario.

a) Solidaridad universal

La Real Academia Española define solidaridad en su primera acepción como “*Adhesión circunstancial a la causa o la empresa de otros*”. La solidaridad universal por tanto sería aquella que pertenece y se extiende a todo el mundo, a todos los países, a todos los tiempos, pues comprende o es común a todos en la especie sin excepción de ninguno. En otras épocas históricas pudo parecer que la solidaridad universal no tendría sentido. Las pequeñas comunidades en las que la sociedad se estructuraba, que más tarde darían lugar incluso a poderosos imperios, no solían enfrentarse a problemas globales que afectarían a todo el género humano. La propia evolución natural de las sociedades, más centradas en lo local, y sus relaciones interculturales limitadas, no hacían necesaria una estrategia común, llegando todo lo más a alianzas temporales generalmente asociadas al combate frente a un enemigo militar común. Y esto así ha sido en el nivel económico, político y cultural hasta finales del siglo XX o principios del XXI.

Sin embargo, la sociedad actual tiende a la globalización, a una globalización no sólo económica, sino también social, política y cultural. Y esta globalización del hombre y de su sociedad, de su pensamiento, de sus gustos y preferencias, de sus anhelos y esperanzas, como es lógico, también se ha extendido a sus problemas. Hoy en día, la mayoría de las problemáticas que inquietan a nuestros congéneres son comunes y globales: cómo alcanzar y mantener sostenible un estado del bienestar, cómo luchar eficazmente contra el cambio climático, cómo lograr una redistribución de la renta más justa y equitativa, cómo respetar el medio ambiente para aminorar los riesgos de extinción de especie, cómo abordar la lucha eficaz contra las pandemias sin renunciar al modo de vida habitual, son todos ellos ejemplos vivos del impacto de la globalización en la sociedad postmoderna. Conscientes como somos de que de poco o nada sirven soluciones locales al estar todo interconectado, de que los problemas nacionales son generalmente extensibles a otras muchas naciones y tiene efectos o soluciones internacionales, pareciera lógico que desde la Universidad se potenciara el pensamiento crítico y el mejor conocimiento científico de cara a la más eficaz solidaridad universal, es decir, orientando nuestros comportamientos, la ciencia y la difusión del conocimiento hacia la universalización, retornando quizás al origen propio de la propia Universidad, que no en vano comparte raíz gramatical con dicha universalidad.

b) Esfuerzo y amor por el trabajo bien hecho

Los problemas complejos generalmente no tienen soluciones sencillas. La Universidad debe potenciar en su comunidad la cultura del esfuerzo, pues sin él poco ha conseguido el hombre a lo largo de la historia. Todas las victorias, todos los avances de nuestra civilización, se lograron con el esfuerzo de muchos, se edificaron sobre la base de un conjunto de voluntades unidas en el trabajo orientado a perdurar, a solventar problemáticas de manera definitiva, o, al menos, de contribuir de forma significativa a ese empeño común.

La banalización del trabajo y del conocimiento ha sido y está siendo uno de los problemas que ha convertido a las sociedades occidentales en grupos humanos fácilmente manipulables. Hoy, esa banalización es también global e incluso en otros entornos culturales se aprecia una rápida evolución cultural en este sentido. Programas de televisión que convierten en modelos públicos comportamientos disvalóricos y redes sociales de comunicación que permiten a nuestros jóvenes expresarse libremente, pero con una evidente superficialidad, están en la raíz de algunos de nuestros problemas globales. Ese anhelo de simplicidad, esa búsqueda de soluciones fáciles, de atajos, tiene un doble efecto muy nocivo para nuestras sociedades y particularmente para nuestros jóvenes: De un lado, generan a medio y largo plazo una honda y profunda insatisfacción personal, íntima, con la propia vida y con el tiempo malgastado sin lograr avances significativos que no provengan del exterior, de la ayuda o el amor y solidaridad hacia nosotros por parte de quienes nos quieren o a quienes importamos. De otro, debilitados existencialmente por una vida sin sentido profundo, sin esfuerzo y en la que todo nos ha venido dado, cuando la realidad de las cosas les coloca en situaciones no deseadas, cuánto más en situaciones límite, los jóvenes se encuentran sin herramientas con las que lidiar con las carencias o con situaciones no deseadas. Y en aquellas otras sociedades en las que la penuria o la exclusión son más comunes por estar en vías de desarrollo, la falta de educación de calidad se percibe en todos los estudios como uno de los principales frenos al crecimiento personal, por más que en esos entornos el esfuerzo suele valorarse más. Por todo ello, una Universidad debe inculcar en su comunidad la cultura del esfuerzo, de la necesidad de sacrificio para alcanzar los fines, del amor por el trabajo bien hecho, del trabajo de calidad, en definitiva, como únicos medios para alcanzar las propias metas y, con ellas, el bien común.

c) Meritocracia y ética académica

Y estrechamente ligado con lo anterior, como consecuencia lógica de la cultura del esfuerzo, el reconocimiento debido al mérito es el sistema idóneo para gobernarse en la toma de decisiones dentro del ámbito profesional. Sólo quien lo merece debe ser premiado o castigado, y parece muy razonable, en el sentido clásico de la justicia particular distributiva, repartir cargas y beneficios en proporción de

los méritos y los deméritos de cada uno. Cuanto antes una persona asuma la meritocracia no solo como una forma de gobernarse, sino también como la mejor de las opciones posibles a la hora de trabajar en el ámbito profesional, más llevará ganado a la salida de sus estudios universitarios. Si la Universidad quiere formar a los estudiantes para el entorno profesional, cuanto más se aproxime en su proceder a dicho entorno, obviamente, mejor ejemplo les dará y antes se familiarizarán con ese criterio objetivo de atribución de premios y castigos. Sin duda, la implantación de un sistema meritocrático que se extienda, a estudiantes, pero también a profesores y otros miembros de la comunidad universitaria, elevará los estándares de calidad de la propia institución, y con ellos, los de sus integrantes.

Es preciso no caer en el error de entender que un sistema reconocedor del mérito y el demérito a la hora de atribuir premios, responsabilidades o castigos se rige por tanto necesariamente en una feroz y salvaje competencia entre quienes concurren. Es decir, del mismo modo que sin duda alguna la competencia es buena para la mejora continua del proceder individual y colectivo, pues al competir con otros uno se mide en su esfuerzo y resultados, motivándose a mejorar constantemente y, si lo hace bien, a colaborar intensamente con los demás, por eso no cualquier competencia, no cualquier camino es válido para llegar al resultado deseado. Por ello, desde la Universidad, debe fomentarse igualmente la ética de la colaboración, una ética que sea acorde con los valores y fundamentos de cada Universidad, pero que generalmente pivotará sobre algunos principios universales fácilmente reconocibles. Principios que encauzarán la competencia legítima para obtener los mejores resultados que nos permitirán alcanzar los ansiados premios dentro de un sistema meritocrático. Como antes decíamos, en un mundo como el actual en el que con frecuencia los jóvenes llegan al entorno universitario con un compromiso y resistencia a la frustración, digamos, mejorables, el papel instructor de la Universidad en la transmisión de principios rigurosos de vida profesional se hace imprescindible.

d) Compromiso con el entorno y la sostenibilidad

Si algo ha dejado claro la postmodernidad que llevamos vivida es, precisamente, que uno de los problemas globales que nos tenemos planteados como sociedad, aunque lamentablemente aún no hayamos dado con la solución, es la necesidad de convertir nuestros modelos sociales y económicos en sostenibles dentro del marco del necesario respeto al entorno natural que nos acoge. Somos por primera vez conscientes de la importancia de cuidar la Naturaleza milenaria en la que se han desarrollado los homínidos, mucho antes del actual cambio climático y sus posibles efectos a nivel planetario, tenemos medios científicos y tecnología como para conocer las etapas geológicas anteriores y para proyectar la futura evolución de la cuestión climática o los efectos de la contaminación en las tierras, las aguas y el aire. Y aunque no todos los científicos están de acuerdo o coinciden en cuantificar la proporción que en dichos cambios tiene la acción humana, sí que hay acuerdo científico en considerar que el hombre puede intervenir directamente sobre los índices de polución, de contaminación, de sobreexplotación de la tierra y de sus recursos finitos, en definitiva, que el hombre puede contribuir a la sostenibilidad planetaria y a ensalzar la importancia de la Naturaleza común de nuestra Tierra.

Del mismo modo, el estado del bienestar que muchos disfrutamos y al que otros muchos más aspiran, requiere de una ordenada planificación de recursos, de unas condiciones concretas demográficas de incremento en unos países y de reducción en otros, que quizás pudiéramos modular con las migraciones ordenadas, en definitiva, de una serie de compromisos básicos que garanticen su posible generalización a medio y largo plazo, como indican los ODS de las Naciones Unidas.

La Universidad, que duda cabe, debería tener estos problemas entre sus prioridades y coadyuvar a la solución de los importantes retos que nuestra sociedad tiene planteados y encima de la mesa. No queda demasiado tiempo en términos generacionales para que quizás sea irreversible un daño al medio ambiente de tal naturaleza que, aunque en el largo plazo ésta pudiera recomponerse, afecte vitalmente a millones de humanos. Tampoco es amplio el margen que las sociedades occidentales más avanzadas en términos sociales y de bienestar tienen para encontrar vías de posible sostenibilidad estructural de sus sistemas sanitarios, educativos, de pensiones y otros derechos sociales antes de que los mismos colapsen

de manera irreconducible. Es nuestra responsabilidad como universitarios contribuir a las soluciones desde la neutralidad de la ciencia, sin caer en ideologismos ni posiciones partidarias que tanto daño hacen al bien común con sus falsas dialécticas.

e) Emprendimiento e Innovación.

Y en nuestra humilde opinión, la mejor manera de hacerlo es precisamente fomentando en nuestras comunidades universitarias dos actitudes vitales que desde antiguo han servido a la sociedad para evolucionar y hacerse mejor. Hablamos del espíritu emprendedor y de la Innovación como motor del cambio positivo.

La capacidad de emprender con resultados óptimos debe cultivarse mediante la formación, el estudio de casos de éxito y de fracaso, y es ahí donde la Universidad juega un papel esencial hasta ahora reservado exclusivamente a las escuelas de negocios. El modelo de éxito empresarial tradicionalmente enseñado en dichas escuelas se fue al traste con la última crisis financiera de finales de la década (2008), en la que se demostró que esa formación era incompleta pues adolecía de transversalidad. Esa actitud emprendedora, cultivada en la Universidad, donde el saber es evidentemente más transversal, y puede orientar a personas más jóvenes, parece como un claro objetivo de las Universidades más apegadas al entorno social y empresarial. Pero como en todo, el ejemplo es primordial y, por tanto, la actitud emprendedora, proactiva, reflexiva pero no atemorizada, capaz de luchar con la incertidumbre y poco conformista con el estado de la cuestión, debe ser también fomentada en las propias estructuras y personas de la comunidad universitaria y no solo entre los estudiantes.

Y esto se asocia, necesariamente en el ámbito educativo, con la innovación. Esa permanente revisión del quehacer propio e institucional, en búsqueda de la eficiencia, animados del espíritu proactivo que implica el emprendimiento, encuentra su caldo de cultivo natural en los entornos innovadores y disruptivos, aquellos que lejos de estar anquilosados en el mantenimiento de un *status quo* histórico de corte funcional, busca progresar. Pero progresar, como la ciencia, sobre la base de los conocimientos y prácticas que en el pasado han demostrado éxitos rotundos. No se trata de inventar por inventar, de la novedad o el progreso como cliché ideológico, tantas veces manido y utilizado para imponer políticas mediocres. No existe verdadera innovación sin respeto por la tradición, que lejos de ser intocable, evoluciona para dar mejor respuesta a los retos actuales mediante la innovación metodológica y de las culturas institucionales.

3. EL EJEMPLO DE MARGARITA SALAS.

La presente comunicación se enmarca del merecido homenaje a Margarita Salas. Honestamente creemos que todos y cada uno de los aspectos aquí tratados vieron reflejo en su vida y en su obra, a través de su fecunda personalidad.

En su vida observamos sin duda como una de las principales metas que siempre quiso alcanzar y gran medida logró fue la de aumentar las vocaciones investigadoras, generar nuevas vocaciones científicas que permitieran a la humanidad progresar. Como bioquímica de vocación, sus estudios ayudaron al mundo a conocer mejor algo tan universal como el ADN.

Su vida fue una constante de trabajo y esfuerzo, donde poco importó el cambio de país de residencia o de centro para intentar alcanzar las metas personales y científicas trazadas. Un trabajo bien hecho, con dedicación y amor propios de una firme vocación, lo que no en vano la llevo a recibir y aceptar numerosos premios y reconocimientos, como corresponde a quien considera que el mérito debe ser reconocido. Por ello participó en prestigiosas sociedades científicas y colaboro con magníficas universidades y centros de su especialidad. Siempre de una manera intachable, conforme a las más estrictas normas éticas de la profesión.

Su compromiso con el entorno científico del momento y con el progreso social fueron igualmente paradigmáticos, abriendo paso por la vía de los hechos a otras muchas mujeres en el ámbito de la investigación de alto nivel. Y finalmente, qué decir de su actitud emprendedora y alejada del conformismo con lo existente. Sus patentes aún siguen siendo esenciales y reportando beneficios económicos considerables, pues si estamos en lo cierto, las registradas por ella sola generaban en torno al cincuenta por ciento de los ingresos por patentes del CSIC, lo que da buena idea de su capacidad de transferencia a la realidad social de sus investigaciones, de innovación en la forma de hacer las cosas para la contribución directa a la sociedad, pese a que su disciplina bien podría parecer orientada a la ciencia básica.

Con todo ello, con su vida y su dedicación, Margarita Salas es todo un ejemplo para las generaciones futuras y ahora que ha partido a la trascendencia, es de justicia cooperar en su homenaje, siquiera humildemente, para poner en valor su mérito innegable.

4. UNA UNIVERSIDAD EN ESTE CONTEXTO.

Referirnos a una Universidad concreta es obligado por la procedencia de los autores de este texto de homenaje a Margarita Salas, a quien conocimos personalmente cuando se iniciaban los estudios universitarios de su única hija. No nos cuesta resaltar que desde la Universidad Nebrija aportamos al entorno universitario un modelo conceptualmente acorde con los principios y valores expresados en esta comunicación; una Universidad solidaria con el destino de la sociedad de la que nace y en la que se inserta, sirviendo a la formación exigente de sus estudiantes, a la creación de conocimiento y a su difusión mediante la docencia, sin olvidar la transferencia práctica. Una Universidad que valora e intenta inculcar el amor por el trabajo bien hecho, al que sólo se llega con esfuerzo y abnegación constantes. Una Universidad que busca preparar así a los jóvenes que son el futuro de nuestra sociedad, para integrarlos de la mejor manera posible en el tejido empresarial e institucional que sostiene nuestra economía y nuestro estado del bienestar.

En la Universidad Nebrija llevamos a gala creer en el mérito como factor relevante en la toma de decisiones personales sobre todos los miembros de nuestra comunidad universitaria, en la que se potencia la meritocracia para elegir a los mejores, para que éstos reciban su reconocimiento debido y para que sirvan de modelo a quienes aún no han llegado a ese parámetro de excelencia. Una Universidad en la que lo más valioso es el ejemplo, que, desde su apoliticidad y aconfesionalidad, sin embargo, sostiene firmes valores éticos que permiten poner en valor los resultados propios y ajenos, obtenidos siempre conforme a la moral profesional comúnmente aceptada. Una Universidad respetuosa con el entorno, preocupada por lo colectivo y por la sostenibilidad de los modelos de crecimiento, lo que se aplica a sí misma en todas sus estrategias pasadas y presentes.

Una Universidad emprendedora desde su fundación, en la que nos sentimos orgullosos de fomentar en todos nuestros estudiantes un espíritu emprendedor e innovador, el mismo que procuramos fomentar y reconocer en nuestros modelos de comportamiento de nuestros profesores y directivos. Donde la tradición se aúna con las más novedosas metodologías docentes, a la vanguardia nacional no sólo de la tecnología aplicada a la transmisión del conocimiento, sino de cualquier movimiento o resorte activo en las áreas de conocimiento que cultivamos, sin olvidar nuestra tradicional visión humanista, la de nuestro Prócer Antonio de Nebrija, cuyo quinto centenario del fallecimiento celebraremos en el año 2022. Visión que planea sobre todo nuestro modelo educativo, al igual que el ejemplo de Margarita Salas estará siempre presente en el desarrollo de la Universidad y de las Instituciones Científicas españolas.